

# GÉNESIS DE LA CAMPAÑA DE LIMA DURANTE LA GUERRA DEL PACÍFICO (1879-1883)

Enrique Flores Rosales

Si bien es sabido que la Guerra del Pacífico es uno de los temas más tratados por la historiografía peruana, algunos aspectos o perspectivas de análisis en relación a ella aún no han sido mayormente considerados, muchas veces por razones ajenas a la rigurosidad histórica.

Uno de estos aspectos es el referido a la consideración de la percepción chilena sobre los sucesos bélicos y los planes que en círculos internos sureños se discutían conforme sus tropas avanzaban hacia la capital peruana, punto concebido como un último paso en la contienda armada. Por ello, en el presente trabajo, nos abocaremos a analizar las circunstancias en las cuales se gestó aquel mencionado último paso: la denominada “Campaña de Lima”, la cual se desarrolló desde finales de 1880, teniendo como acto final, las derrotas en los campos de San Juan, Chorrillos y Miraflores los días 13 y 15 de enero de 1881. El tema se justifica toda vez que las discusiones internas en Chile determinaron el marco temporal de la invasión a la capital peruana. Como podrá constatarse líneas adelante, la viabilidad de esta campaña fue muy debatida en los círculos políticos y militares chilenos al punto de llevar a una confrontación entre los poderes de gobierno de aquel país. Existió una corriente de opinión crítica y uniforme entre los historiadores del vecino país al señalar cómo la demora en la toma de decisiones en relación al curso de la guerra, fue favorable para que en el lado peruano se pudieran cristalizar esfuerzos con miras a prepararse a enfrentar a las tropas chilenas.<sup>1</sup>

## *1. ANTECEDENTES*

La idea de la invasión a Lima era ya fuerte y predominante en el ánimo público chileno, no solo con referencia para una derrota total del Perú sino también porque aún se tenía remembranza de anteriores oportunidades en que tropas chilenas pisaron la urbe limeña. El caso de la Expedición Libertadora de San Martín y el

contexto de la guerra contra Santa Cruz en 1838, eran los ejemplos a seguir en la presente contienda a juzgar de la población sureña. No obstante, se olvidaba que para ambos hechos, la llegada a Lima constituyó solo un paso previo para las campañas definitivas que para el primero se realizaron en los campos de Junín y Ayacucho; mientras que Yungay lo fue para el segundo.

El plan de atacar directamente Lima fue una de las estrategias que se consideró desde el inicio de la guerra y de hecho, fue en dicha propuesta en donde se vislumbró con claridad la pugna entre las decisiones del gobierno y los otros poderes públicos chilenos. Ello era resultado a su vez de los múltiples planes de operaciones que elaboraban los directores de la guerra. Incluso la planificación de la campaña naval no estuvo exenta de conflictos.

La idea que surgió entre las esferas cercanas al presidente Aníbal Pinto (1876-1881) fue el envío de la escuadra al Callao para destruir a su similar peruana y tener el campo libre para una eventual invasión a Lima. Este plan, que fuera apoyado por el jefe del gabinete, Belisario Prats y el secretario general y asesor de la escuadra y el ejército, Rafael Sotomayor, hubiera resuelto la guerra —a decir de Gonzalo Bulnes— en cuatro meses (Bulnes 1914: I/191). Sin embargo, el jefe de la fuerza naval chilena, almirante Juan Williams Rebolledo fue contrario a esa idea y consideraba que el primer paso debía ser bloquear el puerto de Iquique para decidir el enfrentamiento naval en sus costas. El plan de Williams se impuso, no sin oposición, en los momentos iniciales de la contienda. Sin embargo, una vez decretado el bloqueo, la escuadra chilena entró en una fase de inactividad que terminó finalmente por colmar los ánimos de la población que exigía resultados inmediatos (Ekdahl 1919: I/100).<sup>2</sup>

Entre mayo y julio de 1879, las discusiones sobre el área por donde iniciar las ofensivas terrestres dominaron esta vez la escena político-militar chilena. Entre las posibles áreas de invasión se encontraba evidentemente, Lima. En una carta del 23 de mayo firmada por “Su Amigo”, dirigida a Nicolás de Piérola, refugiado en esos momentos en Valparaíso, se mencionaba que la idea de la ocupación de la capital peruana en la opinión pública en Santiago era ya latente: “Aquí se habla de Ancón como punto de desembarque...”<sup>3</sup>

Sin embargo, la incursión directa hacia la capital peruana encontró fuertes reticencias entre los encargados de la dirección de la guerra cercanos al presidente chileno. Las marchas y contramarchas en relación a qué plan adoptar llegan al punto de exasperar a los historiadores sureños quienes veían cómo dichas discusiones lo único que provocaban era que su enemigo contara con más tiempo para armarse.

En mayo, el general en jefe del ejército chileno, Justo Arteaga, indicaba que era partidario de iniciar las operaciones en el territorio de Tarapacá habida cuenta que dicha zona se encontraba en esos momentos casi sin defensas. Por el contrario, para el jefe militar, el ataque a Lima no era propicio considerando que aún no se contaba con tropas suficientes para acometer tal empresa. Posteriormente, Arteaga, cambiaría de opinión manifestando que prefería desembarcar cerca de Arica y ocupar Tacna, puesto que el grueso del ejército aliado ya se dirigía hacia la zona de Tarapacá, al cual consideraba en mayor número de soldados que las tropas chilenas (Arenas Aguirre 1958: 94).

En junio de 1879, el gobierno, que había nombrado un nuevo gabinete con Antonio Varas como jefe del mismo, decidió de una vez resolver el conflicto de opiniones y envió al ministro de Relaciones Exteriores, Domingo Santamaría a Antofagasta a consultar a los jefes del ejército y la escuadra sobre el punto a iniciar las operaciones en tierra. Dentro de la diversidad de opiniones, se consideraron los tres escenarios para las incursiones: Tarapacá, Moquegua-Tacna-Arica y Lima.

Santamaría, quien como Pinto era contrario a un ataque contra la capital peruana, convocó a una junta de guerra integrada por el general Arteaga, el almirante Williams, el secretario Rafael Sotomayor, el coronel Francisco Vergara, entre otros. Ahí mismo, el ministro hizo saber su opinión, y por ende del gobierno, en el sentido que “la expedición sobre Lima tiene más de fantástico que de útil y positivo. Prefiero la expedición a Tarapacá sobre cualquiera otra por razones de evidente conveniencia” (Gonzales Salinas 1981: 31).

En las actas del Ministerio del Interior, a cargo de Antonio Varas, se transcriben los acuerdos adoptados finalmente por la Junta de Guerra en las sesiones del 5, 6 y 7 de julio de 1879. Ahí se decidió iniciar las operaciones en Tarapacá (Correspondencia de Antonio Varas sobre la Guerra del Pacífico. Actas del Ministerio Varas-Santamaría. 1918: 332-335).

Se aludía como razones, el hecho que el territorio de Tarapacá era contiguo al litoral boliviano ya ocupado y además porque ahí se concentraba la principal riqueza peruana:

porque si debe ocuparse el territorio peruano es preferible tomar posesión de aquello que debe servirnos como prenda para asegurarnos el pago de las indemnizaciones de guerra que debemos exigir al Perú...

vista la manera resuelta cómo se ha pronunciado la opinión pública a favor de una guerra ofensiva, piensan que ésta debe emprenderse pronto y enérgicamente por medio de un movimiento audaz que acelere la terminación de la guerra, destruyendo el grueso del Ejército del Perú, acantonado en aquel departamento (Tarapacá), lo cual no se conseguiría emprendiendo operaciones sobre Lima o sobre Moquegua, [...], pues esto requeriría conocimientos especiales de que carecen los opinantes... (Correspondencia de Antonio Varas sobre la Guerra del Pacífico. Actas del Ministerio Varas- Santamaría. 1918: 335-336).

Vemos pues, que la idea que primó finalmente entre los encargados de la dirección de la guerra fue el asegurarse la principal fuente de riqueza del Perú en aquellos años, vale decir, apropiarse del territorio de Tarapacá con el fin de garantizar la correspondiente indemnización de guerra.

La historiografía chilena al analizar esta coyuntura, a la vez que censura las vacilaciones y disputas en el ambiente político interno, también evalúa la viabilidad de los puntos de ataque y la implicancia militar y estratégica en relación al inicio de las operaciones terrestres.

Para Wilhelm Ekdahl,<sup>4</sup> la incursión hacia Tarapacá no era necesaria por cuanto en esos momentos un ataque a Lima se presentaba sin muchos obstáculos. Dicho autor era de la opinión que la conquista de la capital traería como consecuencia inmediata la caída de Tarapacá, dado que Lima representaba el centro de las operaciones y abastecimiento de los recursos materiales a las tropas del sur. Sin ella, estos contingentes se verían por consiguiente, muy afectados (Ekdahl 1919: I/ 177). La capital del Perú, en palabras de Ekdahl, se presentaba desguarnecida de tropas y “de defensores solo [tenía] los cuadros instructores que el Ejército de Lima había dejado cuando fue transportado en Abril a Tarapacá mas cierto número de reclutas (mas ó menos de 4 a 5,000) sin instrucción alguna; por cierto un adversario no mui favorable” (Ekdahl 1919: I/178).

Para el autor, al general Justo Arteaga, aunque correcto en sus criterios desde la óptica militar, le faltó “amplitud de miras” pues la ofensiva hacia Lima era la más decisiva estratégicamente y si bien no atacaba directamente la fuerza militar de los aliados, en cambio golpeaba el “corazón del Perú” y habría hecho que la guerra concluyera en un plazo “bastante corto” (Ekdahl 1919: I/194-95).

Diego Barros Arana, en la línea de pensamiento de Ekdahl, señala que en abril de 1879, Chile estaba en condiciones de haber podido “acometer empresas mucho

mas arriesgadas y exitosas”, lo que vale decir, desembarcar en Lima desde los inicios de la guerra. Así se “habría conseguido en el primer mes los resultados que alcanzó mas tarde con injentes sacrificios”. Según el autor, este plan no se dio porque se dio crédito a las “bravatas del Perú” y se prefirió ir con mucha prudencia (Barros Arana 1979: 76).

Distinto punto de vista tiene Vicuña Mackenna, pues si era verdad que Lima constituía el punto más lejano y su ocupación:

*si bien no se prestaba ni a los consejos de la estrategia ni a las necesidades militares de la situación que se habia creado, no era ni con mucho la más ardua de las empresas por acometer, pues hallábase aquella vasta ciudad indefensa de tropas, mal gobernada por un anciano, trabajado por los partidos i los descontentos...» «Lima tenía cuarteles pero no ejército (Vicuña Mackenna 1880: II/642).*

Luego agrega que: “La serenidad imperturbable de la justicia nos obliga a decir que por ese tiempo [mediados de 1879] no se hallaba todavía el ejército invasor suficientemente adiestrado para tan lejano intento, ni sentíase la opinión completamente madura para justificar tal acontecimiento” (Vicuña Mackenna 1880: II/643).

Un punto destacable en todo lo señalado es que en la concepción de la mayoría de los distintos autores consultados –pertenecientes a la historiografía anterior a la mitad del siglo XX– una eventual toma de Lima implicaba la culminación de la guerra. Aquella convicción sin duda era heredera de la percepción que dominó en la población sureña en el contexto bélico. Un testimonio revelador lo constituye el brindado por el soldado chileno Arturo Benavides Santos quien señalaba que “muchos, la mayor parte creo, pensaban [...], que entraríamos a Lima solo para firmar la paz y regresáramos a la amada patria” (Benavides Santos 1967: 123).<sup>5</sup>

Si bien en 1879, predominó Tarapacá como primer punto de avance, esto se debió realmente a razones económicas y de seguridad por proveerse cuanto antes de la riqueza salitrera, muy necesaria para enfrentar los gastos de la guerra. Hay que recordar, asimismo, que muchos de los allegados al presidente Pinto y, en general, las personas con influencia política eran salitreros de las zonas en disputa y, por tanto, sus intereses económicos estaban en juego.<sup>6</sup> Sobre este balance entre razones políticas, económicas y de estrategia militar hay también posturas diferentes entre los historiadores. Ekdahl claramente refería cómo “la política paralizó el curso natural de las operaciones militares, es decir, se postergó la campaña hacia la

capital” (Ekdahl 1919: II, 430), en tanto que Mario Barros, por el contrario, menciona que el plan del “comando civil” era atacar Lima y acortar la guerra, pero que el criterio militar, el que alentado por intereses industriales, fue el que se impuso finalmente (Barros von Buren 1970: 48). Asimismo podemos consignar la opinión de Nicanor Molinare al respecto:

En 1879, Chile obligado por la felona conducta de Daza, [...], no pudo, ni debió tampoco conducir sus ejércitos directamente a la capital enemiga, *porque la mas elemental prudencia*, le señalaba como medida prévia, la ocupación i conquista de la rica zona salitrera de Antofagasta i Tarapacá, *caja de oro, rico tesoro* de donde sacaba el enemigo los recursos para hacernos la guerra (Molinare 1912: 24, cursivas nuestras).

Historiadores contemporáneos, a la luz de lo que sucedió realmente en los años siguientes de la guerra, ya toman una posición distinta en lo que se refiere al resultado que podría traer la ocupación de la capital. Edmundo Gonzales Salinas hace un estudio crítico del análisis realizado por Ekdahl. Gonzales concuerda con lo mencionado en la obra del historiador militar en muchos de sus argumentos, pero ya es conciente que la toma de Lima, no implicaba la derrota definitiva del Perú. Si bien se menciona que el ataque a la capital se presentaba como el que prometía terminar pronto la guerra, el autor concluye que las experiencias de 1820 y 1838 habían demostrado que la ocupación de la capital no implicaba la derrota final del Perú (González Salinas 1981: 44). Por su parte, el coronel Alfredo Arenas señala que era preferible intentar “la destrucción de las fuerzas vivas del adversario, que son las que deciden la guerra y no la toma de una o más ciudades” (Arenas Aguirre 1958: 91). Dentro de esa línea, Carlos López Urrutia, argumenta que lo que se buscó en aquel contexto fue precisamente lo contrario, es decir, la ocupación de una posición geográfica considerada en ese entonces, como única solución posible para lograr la paz; sin embargo, el autor reconoce que en tal razonamiento se olvidaba un elemento central: la negativa de los peruanos a transar un acuerdo que implicara una cesión territorial. Así, los esfuerzos y posterior ocupación de Lima caen como ejemplos de la “futilidad” en la guerra (López Urrutia 2003: 114, 143).

En importante relacionar lo mencionado con opiniones que al respecto existen entre autores peruanos. Para el historiador militar Carlos Dellepiane, se tenía la certeza en Chile que la toma de Lima acarrearía el fin de la guerra. Sin embargo, es claro en señalar: “La conquista de objetivos territoriales o geográficos es generalmente precaria mientras no haya desaparecido la potencia del ejército que los defiende” (Dellepiane 1943: II, 77). Para este autor, los objetivos del ejército debían

subordinarse a los intereses y anhelos nacionales. Es por ello que se escogió Tarapacá: por su riqueza, la motivación primigenia de los invasores (Dellepiane 1943: II, 78).

Una opinión interesante es la que nos proporciona el también militar e historiador peruano Julio Guerrero, en el sentido de considerar que una ofensiva rápida y vigorosa de la escuadra chilena al Callao, hubiera decidido la guerra en algunos meses, tal como lo señalaba Bulnes. Lima se hallaba desguarnecida por lo que habría caído fácilmente en poder de las tropas chilenas. Ello traería como efecto lo mencionado por Ekdahl, pues las tropas del sur sin abastecimiento, estarían expuestas a una disolución sin presentar batalla alguna. Para Guerrero, Lima representaba en aquellos meses el “centro de gravedad” de las fuerzas y movimientos del adversario, al cual se debía dirigir el golpe para la derrota del mismo (Guerrero 1975: 10-11).

Creemos difícil proyectar conclusiones certeras sobre lo que hubiera ocurrido si se adoptaba en Chile una temprana expedición a Lima. Sin embargo, tenemos que considerar que no son pocos los historiadores chilenos que consideraban que la fuerza bélica de su país pasaba por serias deficiencias en los momentos iniciales de la contienda, por lo que se desprendería que aún no existía la capacidad requerida para una expedición de tal magnitud. Incluso hemos constatado, con fuentes primarias citadas, que una de las razones de no adoptar la expedición a la capital era el no tener suficientes tropas y conocimiento del territorio para arriesgar un viaje tan largo. No tendría sustento en ese sentido el señalar que una temprana ofensiva sobre Lima era posible, pues ello pondría en tela de juicio la veracidad en relación al real estado de las fuerzas militares chilenas.

## ***2. DISYUNTIVA DEL GOBIERNO CHILENO LUEGO DE LA CAMPAÑA DEL SUR***

Para 1880, luego del avance de las tropas chilenas por el sur del Perú, las demandas por enviar finalmente una expedición hacia Lima crecieron mucho más en las esferas de opinión de la población así como en los ambientes oficiales e influyentes de la sociedad mapochina. Una vez más, como sucediera en 1879, los planes del Ejecutivo entrarían en pugna con los demás poderes políticos, específicamente con el ente legislativo.

Hubo un planteamiento respecto a la culminación de la guerra por parte del presidente Pinto y sus colaboradores, contrario a la opinión mayoritaria, pues aquel

consideraba que una vez en posesión de los territorios que garantizaban una indemnización sustancial, había llegado el momento de iniciar las conversaciones de paz. Así, en mayo de ese año, el delegado de los Estados Unidos en Chile, Thomas Osborn, escribía a su colega en el Perú, Isaac Christiancy:

Mayo 13. Osborn a Chirstiancy. Prevalece aquí, mui estendida entre la jente bien informada, la impresión de que despues de la batalla que se librará en los próximos dias en Tacna, si el resultado de ésta fuera favorable a Chile, se abrirán negociaciones entre los beligerantes con el objeto de llegar a la paz. El Gobierno no ha desmentido oficialmente la manifestación de este sentimiento i estoi informado por conductos dignos de crédito, que el Presidente ha manifestado que despues de esta batalla, se someterán al Perú proposiciones en este sentido (Bulnes 1914: II, 401).

Se presentó entonces, el escenario previsto para las aquellas negociaciones. En junio, las fuerzas chilenas lograron tomar la ciudad de Arica. Esto significaba el dominio total del territorio sur del Perú, el cual era el área principal del litigio.<sup>7</sup> En dicho mes, el presidente Pinto destacaba en el discurso de instalación del Congreso Nacional que, afortunadamente para su gobierno, los efectos de la guerra no se habían hecho sentir mayormente entre ellos. Sin embargo, poco fue lo que ofreció el mandatario en cuanto a los futuros planes para la conducción de la contienda (Vicuña Mackenna 1881: 265).

Sobreexcitada por la prensa de aquel país, en la población ya solo dominaba la idea del ataque a la capital del adversario. Es importante aquí reiterar lo mencionado en el acápite anterior, por cuanto es en este tiempo particular de la guerra cuando Chile consideraba, casi unánimemente, que luego de tener Tarapacá, haber tomado Arica y presenciado el cese del peligro boliviano, no cabía ya otra cosa que la expedición a Lima puesto que ella traería como inmediata consecuencia la desaparición de toda resistencia armada y diplomática y por ende, la capitulación del Perú. Francisco Machuca y Marín señalaba:

El asalto de Arica renovó las manifestaciones populares. Los gritos A Lima! A Lima! Resonaron en las plazuelas de la Moneda entre los himnos de las bandas y los vítores de una muchedumbre embriagada por el éxito de nuestras armas. Este grito a Lima fue unísono de norte a sur del país: encarnaban la aspiración nacional, el sentir de grandes y pequeños, ricos y pobres, mujeres, niños y viejos.

Se oponían al sentimiento nacional, únicamente el Presidente de la República, sus Ministros y el Círculo Palaciego, que rodeaba al Jefe del Estado (Machuca y Marín 1929:3, 71).

## **2.1. Enfrentamiento entre poderes**

Era evidente que las voces que clamaban por una expedición masiva hacia la capital peruana se encontraban con la resistencia del Presidente chileno para llevar a cabo tal empresa. Por su parte, en el Congreso, ante la ausencia de planes concretos por parte del Ejecutivo y a las voces que circulaban sobre posibles conversaciones de paz, ambas cámaras se abocaron a dictar las medidas convenientes para la continuación de la guerra. El 4 de junio de 1880 el Senado formuló el siguiente proyecto de ley:

Artículo único.- Se autoriza al Presidente de la República para que de fondos nacionales, invierta hasta seis millones de pesos en la continuación de la guerra con las repúblicas del Perú i Bolivia, debiendo rendir cuentas jenerales de la administración pública.

Esta autorización durará por el término de un año.- Santiago, Junio 4 de 1880 (Molinare 1912: 20).

Este proyecto fue aprobado, pero al remitirlo a la Cámara de Diputados, se encendió la polémica. El representante por San Carlos, Francisco Puelma, solitaria voz discordante, creía que no era verdad que el pensamiento unánime en Chile era ir a Lima, sino que consideraba que solo por una mediación de países amigos se llegaría a la paz y que el Gobierno debía procurarla señalando: “Yo no concibo que fuera una desgracia que el gobierno pensase ahora en la paz” (Molinare 1912: 15).

Tocó al diputado por Santiago, Carlos Walker Martínez, responder a la posición de Puelma, mediante el siguiente proyecto:

La Cámara de Diputados acuerda un voto de admiración i de gracia a los jefes, oficiales i soldados vencedores en Tacna i Arica i les anuncia que la opinión pública de Chile, les señala a Lima como corona i término de sus heroicos sacrificios (Molinare 1912: 14).

A su vez el Diputado por Talca, Ricardo Letelier, señaló en su discurso que en su opinión: “el gobierno de Chile no hará proposiciones de paz como se ha insinuado

sin fundamento, a mi juicio por algunos, no se paralizarán las operaciones de la guerra ántes de que el Perú se halle sometido” (Molinare 1912: 14).

Walker Martínez continuó en su defensa de continuar la guerra:

Yo sostengo, honorable presidente, que seria una mengua para Chile, solicitar mediaciones extranjera; no somos nosotros lo que debemos humillarnos hasta ese extremo, cuando toda nuestra campaña es una serie de triunfos i de glorias.

Lo que yo quiero es que esta pájina histórica concluya como empezó, con gloria i con valentia, no con proposiciones cobardes, ni con temperamentos tibios que son los peores consejeros en los momentos supremos!

Hay que ir a Lima porque el país lo pide! (Molinare 1912: 15).

Para Molinare, la intervención de Walker fue decisiva para provocar la dimisión del Gabinete Santamaría (Molinare 1912: 17).<sup>8</sup> La crisis ministerial era ya insostenible como puede constatarse por lo señalado por el mismo Santamaría al Intendente de Valparaíso, Eulogio Altamirano:

Junio 11. Cáigase de espaldas. El Ministerio está totalmente disuelto. Se trata de una nueva organización. Chiton hasta que reviente la mina. ¡Cosas del mundo! En medio de los himnos de victoria amarran maletas i se van a dormir olvidados a sus casas (Bulnes 1914: II, 405).

El 16 de junio, se conformaba el nuevo gabinete. Manuel Recabarren, hombre tranquilo y flemático al igual que el presidente Pinto, sería el nuevo primer ministro y encargado, a su vez, de la cartera del Interior. Para el Ministerio de Guerra en campaña estaba previsto don Eusebio Lillo. Sin embargo, Lillo renunció pocos días después antes de asumir formalmente el cargo.<sup>9</sup>

Vicuña Mackenna, miembro del Senado en aquel año, deja entrever la desazón que causó en aquel momento los nuevos nombramientos, pues aquellos personajes “carecían de fuerza política, de prestigio en la república i en la dirección de la guerra» (Vicuña Mackenna 1881: 269). Se acusaba a Recabarren de ser apático y ya se deslizaba la acusación por la cual la difícil toma de Lima y la posterior ocupación indefinida de aquella ciudad era “obra exclusiva de la pereza, de la petulancia i de la cortedad de miras de los hombres públicos de Chile” (Vicuña Mackenna 1881: 274).

En su presentación ante el Congreso, el nuevo ministro dejó constancia que su intención era el proseguir la guerra de manera enérgica que permitiera llegar a una paz honrosa, aunque cuidó de mencionar que la conducción de las tropas a Lima se daría siempre que estuvieran preparadas para ello (Bulnes 1914: II, 410).

El Gobierno chileno al buscar el reemplazo para Lillo, escogió a un personaje que lejos de calmar los ánimos, acrecentaría aun más la intolerancia ante la aparente inactividad de la dirigencia chilena en la conducción de la guerra. El nuevo ministro sería un civil, el teniente coronel de Guardias Nacionales, ingeniero José Francisco Vergara. El nombramiento de éste no fue bien recibido en los círculos militares chilenos.<sup>10</sup> Vergara había sido secretario del general Erasmo Escala, que había reemplazado a Justo Arteaga en la jefatura del ejército y que fuera derrotado en Tarapacá. Se le acusaba de haber abandonado el campo de batalla en el Alto de la Alianza y tratado posteriormente de empequeñecer las victorias de Tacna y Arica.<sup>11</sup>

Uno de los más inconformes fue el general Manuel Baquedano, quien encargó a su secretario Máximo Lira redactar una carta al Presidente haciéndole notar la molestia que causaba la presencia de Vergara en los asuntos de guerra.<sup>12</sup> La carta, fechada el 23 de julio de 1880, señalaba:

El nombramiento de don José Francisco Vergara para Ministro de la Guerra, ha causado en el Ejército el efecto de una explosión de una bomba, i ha venido a perturbar profundamente la tranquilidad de que estábamos gozando. I como presumo que ud. no conoce las causas de esa agitación, voi a comunicárselas aquí aunque sea brevemente.

Pero viene ahora su nombramiento de Ministro, i he aquí que han renacido todas las quejas i todas las censuras con mayor violencia que antes. El General [Baquedano] dice que se retira porque es incompatible con su dignidad, su permanencia en el puesto que ocupa siendo Ministro el señor Vergara.

[Vergara] era el único hombre, oigo decir a cada momento, que no podía ser Ministro de la Guerra porque nos había injuriado (Molinare 1912: 21-22).

Este enfrentamiento entre Baquedano y Vergara, contribuiría a la demora en la proyección de la Campaña de Lima y se extendería, incluso, cuando ya había presencia de las fuerzas chilenas en los alrededores de la capital.

## GÉNESIS DE LA CAMPAÑA DE LIMA DURANTE LA GUERRA DEL PACÍFICO

Ese mismo mes, se produjo el hundimiento de la nave chilena “Loa”, que se encontraba junto con otros buques de la escuadra bloqueando el puerto del Callao desde abril de ese año. Como resultado, la Cámara de Diputados acordó una interpelación al Gabinete. El tema de la expedición a Lima era evidente en el pliego de preguntas.

Un punto importante en este contexto es el referente a la actuación de Bolivia, la cual, según el diputado por Carelmapu, José Manuel Balmaceda: “esperará el aniquilamiento de su aliado en Lima para pensar en su propia autonomía i existencia. [...] Cuando esta Nación vea que es inútil toda resistencia de parte del Perú creará sin rubor que es inútil toda postergación de paz e irá a ella pensando en su propia situación” (Bulnes 1914: II, 423).

He aquí graficado el razonamiento de los que pedían la expedición a la capital peruana. Por un lado se garantizaba que la llegada a Lima cristalizaría el anhelo de la población y que provocaría la firma de la paz y por otro, este hecho decidiría por fin a Bolivia a separarse finalmente de su aliado, que era lo que procuraba un sector del ejecutivo.<sup>13</sup>

No obstante, el gobierno se aferraba a la idea de que la campaña hacia la capital del Perú no traería los resultados que se esperaban y que más bien pondrían en riesgo el rumbo favorable hasta esos momentos de la contienda. El 2 de Julio de 1880, el presidente Pinto escribía a Lillo:

Baquedano en una de sus cartas me habla de que debemos prepararnos para ir a Lima para firmar la paz. Estas cosas es mas fácil decir las que hacerlas. [...] Pedí a Baquedano que me enviara un plan, indicando la fuerza que debería llevar, transportes para conducirla, punto de desembarco, etc., en una palabra, un plan de operaciones desde la salida de Arica. Cuando tome la pluma para hacer el plan verá que la cosa es mas difícil de lo que a primera vista se cree.

Si la ocupación de Lima nos había de dar la paz nada hubiera que decir. [...]. Desgraciadamente yo no veo la consecuencia necesaria entre la ocupación de Lima i la paz. El Gobierno podría irse al interior i nosotros no podríamos quedar indefinidamente en Lima, ya por el gasto que esa ocupación nos ocasionaría i que seria superior a nuestros recursos, ya porque el temperamento concluiría con el ejército (Bulnes 1914: II, 419).

José Alfonso, ministro de Hacienda escribía a Altamirano:

La toma de Lima, ¿significa la paz? Yo digo que no. No cabe más, entonces, que hacer una guerra que asole al enemigo, que no le dé posibilidad de tomar una revancha, sin imponernos de nuestra parte sacrificios de consideración.

Entre tanto, los patrioterros, los bullangueros y la turba que los sigue, guiándose por palabras sonoras gritan: ¡a Lima! ¿Qué le corresponde hacer al Gobierno? Seguir por su parte a esta corriente de... [palabra fuerte] o procurar encaminar la dirección de los negocios en el interés verdadero del país? (Machuca y Marín 1929: 3, 77).

Es interesante notar las razones que esbozan los personajes citados en relación a su reticencia para iniciar una expedición a la capital. A pesar de las críticas hechas desde la historiografía, encontramos en ellos una visión mucho más amplia del panorama de la guerra, por lo que pudieron constatar que tomando Lima no llegaba el fin de la guerra y que, por el contrario, ello demandaría enormes esfuerzos al gobierno al tener que mantener un ejército de ocupación en tierras tan lejanas. Los hechos le dan la razón a Pinto en el sentido que las tropas peruanas tenían el recurso de marchar al interior del país, como efectivamente sucedió.

Sin embargo, para Bulnes, las razones que el Presidente chileno esgrimía en relación a su oposición a la expedición a Lima, no constituía su pensamiento verdadero. Para este autor, las principales causas de su reticencia fueron su desconfianza hacia los jefes militares y el no poder encontrar una persona de su confianza, adecuada para la dirección del ejército.<sup>14</sup> Luego, el autor se encarga de descalificar las razones arriba consignadas agregando que las comparaciones con experiencias anteriores como la etapa de la Independencia al retirarse de Lima las tropas del Virrey ó de la Confederación al llevar la guerra a la sierra no cabían para el caso de la guerra de 1879. En las guerras de Independencia se hablaba de un ejército “extranjero” (al mando del virrey) al que no le importaba la suerte de Lima y, en el caso de Santa Cruz, la defensa de Lima no significaba una cuestión de dignidad nacional puesto que dicho caudillo era boliviano (Bulnes 1914: II, 420). Es preciso reiterar aquí que el factor geográfico dadas las características particulares del territorio peruano, tendría un lugar importante en la manera como se desarrollaron los acontecimientos luego de emprendida la campaña a Lima, por lo que, las razones en base a nacionalidad o dignidad mencionadas por Bulnes, escritas en un contexto en donde aún se percibían las consecuencias de la guerra, evidentemente aparecen como insuficientes para desacreditar las comparaciones alegadas.

## 2.2. Las Conferencias de Arica: se concretiza la Campaña a Lima

En medio del ambiente interno tenso que se vivía en Chile ante la inamovilidad de sus tropas, sobrevinieron las conversaciones de paz gestionadas por los plenipotenciarios norteamericanos en las repúblicas beligerantes. Una breve referencia a ellas es ilustrativa, pues es a partir del fracaso de estas conversaciones cuando el Gobierno chileno finalmente ceda a las exigencias públicas y autorizara la expedición a Lima.

Para ello es necesario destacar la impresión que tuvieron los chilenos, en relación a las conferencias de Arica. Ganada siempre la causa de reanudar las operaciones bélicas, las conversaciones diplomáticas se presentaban como innecesarias y no dignas de la actuación de una nación vencedora: “Aquello era andar mendigando la paz, como vencido i no imponiéndola como vencedor” (Machuca y Marín 1929: 3, 153).

Aceptada la mediación norteamericana por los gobiernos beligerantes, los representantes de los mismos se aprestaron a reunirse en la corbeta “Lackawanna” surta en Arica. Los plenipotenciarios peruanos fueron Aurelio García y García y Antonio Arenas; los plenipotenciarios chilenos eran Eulogio Altamirano, Eusebio Lillo y Francisco Vergara; mientras que el gobierno boliviano se hacía representar por Mariano Baptista y Juan Crisóstomo Carillo. Asimismo, estaban presentes los señores Christiancy y Osborn, delegados norteamericanos en el Perú y Chile respectivamente. En líneas generales, las propuestas hechas por los participantes para llegar a la paz fueron tan antagónicas que era evidente que dichas reuniones no llevarían a los resultados esperados. En sus puntos principales, Chile demandó la cesión del litoral boliviano y Tarapacá, la entrega de una indemnización de veinte millones de pesos por parte de los aliados, la abrogación del Tratado de 1873 entre Perú y Bolivia y la retención de Moquegua, Tacna y Arica como garantía para el cumplimiento de los demás puntos exigidos. Por su parte, los aliados demandaron el retiro de las tropas chilenas del litoral ocupado, la indemnización por parte de Chile a los aliados por motivo de la guerra y el sometimiento del conflicto territorial al arbitraje de los Estados Unidos.

Molinare menciona que las mencionadas conferencias habían sido “ridículas far-  
sas que les jugaba Piérola [ya proclamado Dictador] a los Sres. Christiancy y Osborn,  
Huneus y Pinto”. Las peticiones de los delegados peruanos para el autor:

Es la expresión neta, pura, del carácter peruano, que vive de expedientes i coleccionadas perpetuas, i que fue a Arica, como se descubrió mas

tarde, únicamente con el objeto de ganar tiempo para instruir su ejército i artillar a Chorrillos i construir las fortificaciones de Lima i Miraflores (Molinare 1912: 10).

Además, es preciso en señalar que “todo el mundo sabe que las Conferencias de Arica no tuvieron éxito, porque, sencillamente, a los vencidos se les antojó creer que eran los vencedores i no aceptaron ninguna de las siete condiciones que imponía Chile” (Molinare 1912: 10).

Vemos que las condiciones exigidas por Chile, en su calidad de vencedor hasta esos momentos, demuestran la intención de asegurar sus aspiraciones inmediatas, es decir la retención de Tarapacá y bloquear la participación de un tercero (EEUU) para detener el rumbo de las operaciones bélicas, como ya se ha constatado en las intervenciones citadas de los diputados Walker Martínez y Ricardo Letelier.

Las conferencias fueron el telón de fondo de intensos debates en el Congreso chileno y el gobierno sabía que se jugaba sus últimas cartas en busca de no atacar la capital peruana a pesar de haberse ordenado una expedición hacia el norte del Perú al mando del almirante Patricio Lynch con el fin de obtener cupos de las poblaciones costeras y obtener recursos para los costos de guerra.<sup>15</sup> Aun así, la euforia nacionalista chilena no entendía la “obstinación” de Pinto para no ordenar la tercera y según la opinión mayoritaria, “definitiva” expedición.

Las sesiones de setiembre y octubre de 1880 fueron vitales para decidir finalmente la campaña. En el Senado, el más ferviente auspiciador de la misma era Vicuña Mackenna. En la Cámara de Diputados, José Manuel Balmaceda dirigió al ministro Vergara un pliego de preguntas concierne a las conferencias de Arica y a la política de Gobierno sobre el curso futuro de la guerra. En los debates, se acusaba al gobierno de haber tratado antes de acordar las conferencias con el plenipotenciario norteamericano en Lima, el señor Christancy, sin que este hubiese sido autorizado para entablar conversaciones. Este aparecía como el enviado de Piérola.

El ministro Vergara en sus respuestas daba muestras inequívocas de que el gobierno iba cediendo de a pocos y que la Campaña de Lima pronto sería una realidad: “para ello el Gobierno aumentaba el ejército i preparaba los elementos oportunos y necesarios a fin de operar cuando fuera posible y oportuno, atacando al enemigo donde estuviese: en Lima si allí estaba” (Bulnes 1914: II, 427).

Aun así, los críticos más acérrimos buscaban una caída del gabinete Recabarren. El diputado Isidoro Errázuriz realizó una intervención que, a juicio de Molinare,

decidió finalmente el rumbo de la guerra hacia la tan ansiada expedición sin provocar una nueva crisis ministerial (Molinare 1912: 43). Errázuriz señaló:

La fruta estará madura cuando los cañones de Chile coronando la cumbre del San Cristóbal, hagan llover lluvia de buen sentido i lluvia de verdad sobre la ciudad de Lima!

... las campañas de Tarapacá i Tacna, se han hecho contra la voluntad del Presidente de la República. I bien! ¿Qué se opone a que la expedición a Lima se haga también contra la voluntad del Presidente de la República?

Un cambio ministerial en el caso actual, pondría demora a la misma empresa que queremos resguardar. Por eso declaro a nombre de mis colegas i en el mio, que votaremos en contra de todo proyecto que envuelva una censura declarada i oculta (Molinare 1912: 44-45).

La interpelación se suspendió, y finalmente se decidió por unanimidad que todo lo relativo a la campaña pasara a ser la orden del día. Antes, ya la excitación de la población indignada había hecho temer el peligro de una revolución en Santiago y en Valparaíso más aún cuando se tuvo noticias del hundimiento de la “Covadonga” producida el 13 de setiembre. El 27 de octubre se daban por concluidas las negociaciones en Arica sin haber llegado a un entendimiento los beligerantes. Ante ello, el gobierno decidió llevar la guerra a Lima. La presión de la opinión pública había dado finalmente resultados concretos.

### **3. PLANIFICANDO LA INVASIÓN**

Fue el general Manuel Baquedano el primero en esbozar los lineamientos de lo que podría ser la futura campaña de Lima. El 8 de julio de 1880, daba a conocer por intermedio de su secretario Lira, sus planes para la invasión. Con una visión optimista, Baquedano consideraba que para efectuar la expedición a la capital peruana bastaba con el ejército que poseía en Tacna y Arica. Señalaba que con los batallones acantonados en Pacocha se entrenaba dieciocho mil hombres suficientes para batir a los veintidós mil o veintitrés mil hombres “bisoños” de Lima.

El plan consistía en dividir y armar dos grandes ejércitos para que desembarquen, uno consecutivamente a otro, en Chilca para tomar el Valle de Lurín y marchar

sobre la capital. Un aspecto importante a destacar en este punto es que para aquel tiempo, aún no existían las líneas de defensa peruana de San Juan, Chorrillos y Miraflores.

El ejército expedicionario debía consistir en seis regimientos de línea, dos regimientos movilizados, doce batallones movilizados de 600 plazas, tres regimientos de caballería y un regimiento de artillería. Con las ambulancias el número del contingente subía a 20,000 hombres. Con ello se estimaba que era muy factible vencer a Piérola, ocupar Lima y obligar a “nuestro jurado i eterno enemigo” a firmar la paz (Molinare 1912: 28).

En aquellos momentos, el plan de Baquedano no captó la atención del gobierno, dominado por su concepción pacifista e influenciado por la presencia de Vergara, por lo que recién se puso en práctica en diciembre “cuando el enemigo estaba bien fortificado i con un ejército disciplinado i ocupando magníficas i fortísimas posiciones” (Molinare 1912: 28, subrayado nuestro).

Debemos detenernos un momento en esta descripción de los hechos para mencionar un dato que consideramos muy importante en nuestro esfuerzo por entender los ánimos y decisiones de los dirigentes chilenos en relación a la campaña a Lima. Bulnes da una información interesante y que contrasta con la visión confiada de Baquedano. En julio de 1880, Vergara había mantenido sesiones secretas con los jefes militares para conocer sus puntos de vista acerca de los próximos movimientos de las tropas. Al ser preguntados por la viabilidad de una campaña hacia la capital peruana, éstos se pronunciaron en contra “por unanimidad” y alegaron que si se llevaba a cabo aquello, debía aumentarse el efectivo militar a 25,000 hombres. Pero igualmente, ante el peligro de quedar las tropas ocupando el sur peruano por tiempo indefinido y consumiendo los recursos disponibles, hacía que en el balance final de la situación, esta última opción resultase más onerosa. Por ello, para Bulnes, muchos jefes militares secundaron la decisión de emprender la campaña a la capital del Perú, no por tener la seguridad de éxito en tal empresa, sino que porque creyeron que “era mas barato marchar a Lima que aceptar la defensiva armada” (Bulnes 1914: II, 428).

Creemos importante consignar esta referencia, dado que posteriormente, la conducción de las tropas chilenas sobre Lima estuvo revestida siempre de una cierta cautela en los movimientos, lo que apoya la opinión brindada por Bulnes, con respecto a una relativa y mediana certeza sobre el éxito en las jornadas sobre la capital peruana. Sin embargo, el clamor popular en conjunción con las demandas

## GÉNESIS DE LA CAMPAÑA DE LIMA DURANTE LA GUERRA DEL PACÍFICO

de los círculos de poder chilenos para llegar a dicho objetivo se situaron por encima de cualquier temor.

A finales de setiembre, ya percibida como concreta la incursión a la capital, Baquedano se dispuso a llenar las bajas que había sufrido su ejército y demandó la asimilación de nuevos contingentes que debían ser buscados entre la población. Los reclutamientos también fueron una problema que debieron enfrentar las autoridades chilenas y es interesante citar aquí las informaciones que el representante francés en Santiago, el Barón D'Avril despachaba a su gobierno. El 10 de octubre de 1880 señalaba:

El gobierno ha solicitado al Congreso, y lo va a obtener, un nuevo crédito de 6 millones de pesos, es decir, el equivalente de 30 millones de francos.

Es necesario también reclutar unos veinte mil hombres para la expedición contra Lima. Puesto que el servicio militar obligatorio no existe y hay una deficiencia de voluntarios, se ha procedido a un reclutamiento forzado que no respeta siquiera a los padres de familia. La ciudad de Santiago está preocupada. Los reclutadores esperan a los obreros a la salida de las fábricas y obligan a quienes ellos desean. Muchos hombres no se atreven a salir ya a la calle, otros pasan la noche en las fábricas, adonde se hacen llegar la comida. No sucede lo mismo en los campos (Informes Inéditos de diplomáticos extranjeros durante la Guerra del Pacífico. 1980: 277-279).

Punto importante es el referido a la circunstancia que animaba a los reclutados a acceder a tomar las armas: "Debo añadir que la perspectiva de la toma de Lima, después de obtenido el botín, es la que anima a servir en el ejército a aquellos que han sido conducidos contra su voluntad" (Informes Inéditos de diplomáticos extranjeros durante la Guerra del Pacífico. 1980: 277-279).

El 2 de octubre, el coronel Vergara viajó a Valparaíso y por telegrama fechado el día 20 al cuartel general en Tacna comunicó que el Ejército Expedicionario del Norte se estructuraría en 3 divisiones:

Primera División: al mando del general José Antonio Villagrán

Segunda División: al mando del general Emilio Sotomayor

Tercera División: al mando del coronel Pedro Lagos

Cada una de ellas constaría de 2 brigadas con su respectivo cuerpo de caballería. La reserva, con 3,110 hombres, la comandaba el coronel Aristides Martínez. Acompañaba a estas fuerzas, la artillería con un total de 77 cañones, de los cuales 67 eran del modelo Krupp, uno de los más modernos existentes en aquellos tiempos. El total del ejército expedicionario, incluyendo la oficialidad, era de unos 26,413 hombres según cifras oficiales que consigna el boletín de campaña de las fuerzas chilenas (*Boletín de la Guerra del Pacífico* No. 41 1880/1979). El alto comando chileno lo encabezaba el general Manuel Baquedano quien sería el general en jefe del ejército expedicionario. El jefe de estado mayor era el general Marcos Maturana. Asimismo, el ministro de Guerra en campaña, Francisco Vergara y su secretario, Isidoro Errázuriz; así como el secretario general del ejército, Eulogio Altamirano, figuraban también como integrantes de la expedición próxima a iniciarse.

El general José Villagrán mantenía desencuentros con Baquedano y tampoco contaba con las simpatías de Vergara. Posteriormente, ya en su avance por la costa peruana, Villagrán sería removido como cabeza de la primera división del ejército expedicionario por supuestos incumplimientos de las órdenes dadas y reemplazado por Patricio Lynch –futuro jefe político y militar de la Lima ocupada– quien figuraba hasta esos momentos como jefe de la primera brigada de la mencionada división.

El plan adoptado, que tenía como base el esbozado por Baquedano en julio, preveía un primer desembarco de la primera división en Pisco, luego del cual avanzaría por tierra hacia Lurín. Las dos siguientes divisiones, es decir el grueso del ejército chileno, desembarcarían en las playas de Chilca y Curayaco (cerca a la actual playa Embajadores). El ejército reunido acamparía en Lurín, en donde se instalaría el cuartel general, y en Pachacamac. De este punto se iniciarían las operaciones de avance hacia Lima.

La primera División, partió el 15 de noviembre de 1880 desde Arica, llegando el día 19 a la bahía de Paracas. A su partida Manuel Baquedano se dirigió a las tropas listas a zarpar:

Las aspiraciones del país i los deseos del ejército comienzan a verse realizados. La 1º División se ha puesto ya en marcha para abrir la nueva campaña i herir en la cabeza al aleve conspirador de la paz i la prosperidad de Chile. Las otras divisiones seguirán pronto a la 1º para consumir juntas la grande obra de castigo i de gloria que principio en Antofagasta i debia tener i tendra término en la capital del Perú.

## GÉNESIS DE LA CAMPAÑA DE LIMA DURANTE LA GUERRA DEL PACÍFICO

Que alisten sus armas, es la única recomendación que hago a mis compañeros del ejército. Los caminos de Lima i la victoria son bien conocidos de los soldados chilenos. Guiarlos por ellos será un deber fácil i una alta honra para el Jeneral en jefe. Manuel Baquedano (Ahumada Moreno 1892: IV/230-231).

El 27 de ese mes partía para Pisco también, una brigada de la 2<sup>o</sup> división, al mando del coronel José Francisco Gana, arribando el 2 de diciembre. El 14 del mismo, emprendía viaje el grueso del ejército chileno (2<sup>o</sup> y 3<sup>o</sup> división) hacia Chilca y Curayaco. El arribo se produjo el día 21. Cinco días después, el 26, el general Sotomayor era el primero en arribar y apoderarse del valle de Lurín. Los reconocimientos realizados por pequeñas fuerzas invasoras para estudiar el terreno y determinar los puntos de avance y ataque, ya habían sido ordenados desde el día 25. El Ejército Expedicionario estaba listo para dar inicio a la Campaña de Lima.

### ***4. INTERPRETACIONES***

Hasta aquí hemos presentado las circunstancias e impresiones que rodearon la adopción de la decisión de llevar la guerra a la capital del Perú. Se ve en ello, como primera conclusión, la manera cómo los conflictos entre decisiones políticas y disposiciones militares en la conducción de la guerra interfirieron en el curso normal de ella. La organización de la jefatura militar chilena tuvo una estructura diferente a la peruana en cuanto a la unidad de mando. Así, el general Mariano Ignacio Prado a la vez que presidente era el comandante en jefe de las operaciones, en tanto que en Chile, el presidente Pinto nombró un ministro de guerra en despacho, un ministro de guerra en campaña e incluso un delegado supremo del gobierno ante el ejército. A esto se agrega la intervención directa de civiles en la dirección de guerra, como lo constituyen los ejemplos de Rafael Sotomayor y Francisco Vergara en el Ministerio de Guerra (Barros von Buren 1970: 348).

Era evidente pues, que la confluencia de competencias y celos entre civiles y militares contribuyeron al panorama de indecisión y retraso en las decisiones importantes para la contienda. Para Francisco Encina: “los brillantes oradores, políticos y magistrados juzgaban a los militares ineptos e ignorantes, y éstos les devolvieron el menosprecio con una antipatía que pronto se trocó en odio patológico” (Encina 1956: II/1469).

Por otro lado, se constata cómo el peso de la opinión pública fue excepcional para ambos contendores en el contexto de la guerra.<sup>16</sup> Pinto, reticente a llevar a cabo

dicha operación, debió finalmente ceder a las presiones públicas. Asimismo, Bulnes también refiere cómo la agitación de la opinión pública chilena fue uno de los elementos más temidos por la dirigencia sureña al punto de llegar al convencimiento de que no quedaba otro camino que la expedición a Lima. En una carta de Eulogio Altamirano a Santamaría se señalaba:

Julio 28. A Santa María. ¿Es posible que el Gobierno contrarreste hoy esa corriente i determine no hacer la expedición sin que esto no produzca un trastorno? No me refiero al Ministerio, porque si cayera éste por esta causa caería el otro por la misma, *sino que temo por el orden mas fácil de perturbar i en condiciones muchos mas graves hoy que tenemos un gran ejército armado* (Bulnes 1914: II/429, cursivas nuestras).

¿Era la expedición a Lima inevitable? Consideramos que sí toda vez que en Chile como en el Perú había la convicción de que ello era necesario para determinar la suerte final de la guerra. Chile no consentía evadir el llegar a Lima y por encima de todo estaba el factor del orgullo nacionalista en el que se idealizaba a la capital peruana como punto final y cumbre de las jornadas del ejército, trascendiendo el objetivo puramente militar, a despecho de que no había entre los mandos políticos y militares, una certeza plena de tener éxito en aquella empresa.<sup>17</sup>

Además, hay que considerar que Chile fue conciente que quedarse manteniendo el status quo de una ocupación del sur del Perú sin grandes movimientos bélicos causaría una censura en la opinión pública. Por otro lado, una incursión hacia el interior desde las zonas ocupadas acarrearía el riesgo, siempre latente, de una nueva participación de Bolivia dado que este país no daba muestras de pretender abandonar su alianza con el Perú.<sup>18</sup> Por ello, era convencimiento entre los chilenos que un efecto de la toma de Lima sería la deserción final de su aliado.

Por su parte, el Perú no se consideraba aún vencido a mediados de 1880, cuando no se había producido todavía la invasión a Lima. En dicho contexto, la capital peruana se configuró en la colectividad peruana como el escenario donde se “vengarían» todas las derrotas sufridas hasta entonces por las tropas chilenas. Francisco Machuca y Marín es claro al respecto: “Todas las clases sociales estaban de acuerdo en que el Perú no se allanaría a firmar un tratado de paz oneroso, mientras tuviera numerosas fuerzas en las plazas, de Lima y el Callao, que aumentaban día a día bajo la férrea dirección del doctor Piérola” (Machuca y Marín 1929: 4/35).

Un aspecto interesante aquí lo constituye la opinión del historiador peruano Rubén Vargas Ugarte, quien señala que el Perú debió aceptar la cesión de Tarapacá duran-

te las Conferencias de Arica, lo que hubiera evitado según él, más penurias para el país causando el término de la contienda (Vargas Ugarte 1984: X/142). Aparte de las razones dadas líneas arriba, estamos de acuerdo con lo señalado por Percy Cayo en el sentido de que los hechos nos indican que el Perú en las conferencias no estaba dispuesto (como no lo estuvo hasta 1882) a ceder territorios (Historia del Perú 1985: VIII/227). Asimismo, Julio Guerrero señala que ya para la Campaña de Lima, el “centro de gravedad” se había trasladado hacia el interior del país, teniendo los medios de subsistencia dispuestos ahora en la sierra peruana, lo que generó una situación en donde con la ocupación indefinida de Lima aumentaba el peligro para Chile de perder todo lo ganado (Guerrero 1975: 13-13). Nosotros solo agregaríamos que internamente en el Perú, ante una aceptación de las condiciones de los chilenos en las conferencias de Arica, podía haberse dado un descrédito tal del gobierno que hubiera existido el peligro de una nueva revuelta, como lo sucedido en 1865 contra el Tratado Vivanco Pareja. Además, para Piérola –caudillo al fin– confiando en que estaban cercanas las glorias, todavía esquivas en la guerra, no cabía espacio para una paz que se calificaba de indecorosa en aquellos momentos.

Finalmente cabe mencionar que sin las muchas pugnas que ocasionó decidir la expedición a Lima, la campaña probablemente se hubiera llevado a cabo en julio de 1880. En la medida que la “guerra en Santiago” como lo llamó Machuca y Marín, difirió la campaña hacia 1881, ello proporcionó un margen de tiempo para ambos contendores. Chile, a despecho de las críticas existentes pudo armar, aumentar y equipar mejor sus tropas. El Perú, convencido también de un inminente ataque a su principal ciudad, debió concentrar esfuerzos en conformar una defensa capaz de enfrentar a las tropas chilenas que venían a ocupar la capital y a obligar al gobierno de Piérola a firmar la paz. □

### Notas

- 1 Este trabajo se basa en el capítulo 2 de mi tesis de licenciatura titulada “Ciudadanos en armas. El Ejército de Reserva de Lima en la Guerra del Pacífico 1879-1883” Lima, 2005.*
- 2 El autor menciona entre otros ejemplos, como en los primeros días de abril, las naves peruanas “Chalaco” y “Talismán” pudieron cumplir excursiones sin ser casi molestadas por la escuadra chilena.*
- 3 Biblioteca Nacional. Archivo Piérola. Comunicaciones personales al jefe supremo, 1879.*

- 4 *El autor citado fue un coronel de nacionalidad sueca, y que sirvió como instructor en el ejército chileno pasada la guerra. Su obra Historia de la Guerra del Pacífico entre Chile, Perú i Bolivia mantiene una clara perspectiva sureña en torno a los sucesos. Es por ello que optamos por situarlo como representante de la historiografía chilena.*
- 5 *El autor era miembro del Regimiento "Colchagua".*
- 6 *Tenemos los casos de los diputados Francisco Puelma, Barros Luco y el senador Melchor Concha (Bermúdez Miral 1984).*
- 7 *Si bien Tarapacá se presentaba como el territorio directamente pretendido por Chile, las provincias de Tacna y Arica lo eran también para sus fines estratégicos como era desligar a Bolivia de su alianza con el Perú. En dos cartas fechadas el 8 de abril de 1879 y dirigidas al presidente boliviano Hilarión Daza, Justiniano Sotomayor, ex-cónsul de Chile en Bolivia, le señalaba la necesidad de que ese país se uniera a Chile ofreciendo en compensación a esta unión el apoyo de las tropas chilenas para obtener todo el territorio peruano comprendido entre el río Loa y el morro de Sama, alegando que los puertos naturales de Bolivia eran Arica, Mollendo e Ilo (Fernando Lecaros 1979: 25-27).*
- 8 *Domingo Santamaría había asumido la jefatura del gabinete el 20 de agosto de 1879, en reemplazo de Varas.*
- 9 *Lillo no había sido consultado de la decisión de nombrarlo como ministro y esgrimió esta circunstancia como una de las causales para hacer renuncia de aquel cargo. Asimismo, alegaba también que no era partidario de que existieran los ministros de guerra en campaña como lo había sido Rafael Sotomayor, a la vez que creía que estos obstaculizaban la marcha normal de las operaciones. Podemos indicar que Lillo tuvo razón: la posterior pugna entre Vergara y Baquedano confirmó sus temores (Machuca y Marin 1929: 3/ 72-73).*
- 10 *Francisco Encina en su "Resumen de la Historia de Chile", intenta darle a Vergara un papel mucho más protagonista, al punto de señalarlo como el gestor de la campaña de Lima, desplazando a Manuel Baquedano. El coronel Alfredo Arenas en su obra citada "Encina contra Encina", hace una crítica radical hacia el autor desautorizando sus opiniones, señalando las contradicciones del mismo en sus apreciaciones y destacando lo funesto que fue Vergara, y en general, los elementos civiles comenzando por el presidente Pinto, en los planes de Baquedano a quien le da la categoría de "nunca vencido". Es clara la intención de Arenas, como militar, de reivindicar la figura de los jefes castrenses (Williams, Arteaga, etc.) y su desempeño en la contienda.*
- 11 *Posteriormente, el general Escala sería removido de su cargo y reemplazado por Baquedano. Véase: Vicuña Mackenna 1881: 278, Molinare 1912: 20, Bulnes 1914: II / 405-406.*
- 12 *Máximo Lira sería Intendente de de Tacna y Arica en las primeras décadas del siglo XX y de polémica actuación como uno de los promotores de la política de "chilenización" en aquellas provincias.*
- 13 *Chile llevaba en el campo de las negociaciones lo que ellos llaman la "política boliviana", la cual se dirigía a atraer a Bolivia al lado de Chile para enfrentar al Perú a cambio de compensaciones territoriales. Bulnes señala que importantes personajes de esta política fueron Domingo Santamaría y Eusebio Lillo (Bulnes 1914: II / 408); también véase: Barros von Buren 1970: 362.*

## GÉNESIS DE LA CAMPAÑA DE LIMA DURANTE LA GUERRA DEL PACÍFICO

- 14 *Una excepción a las censuras a la actuación del presidente Pinto en la historiografía chilena, la constituye la opinión de Molinare para quien el presidente Pinto nunca se opuso al ataque de la capital peruana, sino que quería llevarla de manera que no fuera posible una derrota. Asimismo, sabiendo del sacrificio que esto acarrearía a los soldados, se abocó a una solución pacífica para buscar la paz, pero la oportunidad presentada en Arica, lejos de materializar sus deseos, lo llevó a convencerse que no había más remedio que enviar las tropas en pos de la urbe limeña (Molinare 1912: 8).*
- 15 *En setiembre de 1880, esta expedición causó daños en los puertos de Pacasmayo. Etén y Paita, entre otros. Bulnes considera que esta incursión fue aprovechada por Pinto como una manera de acallar las protestas que pedían movilidad a las tropas chilenas; en el mismo sentido se inclina a pensar Carlos Dellepiane (Bulnes 1914: II / 551); (Dellepiane 1943: II / 292). El tema de la expedición Lynch es uno de los más polémicos en el contexto de la Guerra del Pacífico por cuanto entran a tallar los límites en los usos de guerra cuando se producen incursiones como aquella. Lynch impuso contribuciones forzadas en las poblaciones en las que desembarcaba bajo amenazas –que luego se cumplieron– de destruir las propiedades privadas. Historiadores chilenos como el mismo Bulnes o Vicuña Mackenna no dudan en censurar el modo de llevar a cabo dicha incursión. Por otro lado, Diego Barros Arana menciona que las contribuciones y cupos de guerra estaban autorizados por el derecho internacional y llega a alegar que fue el propio gobierno peruano el causante de las penurias de la población: “provocada[s] por los más imprudentes decretos del gobierno del Perú que prohibía bajo las más terribles penas el pagar esas contribuciones”. Es interesante hacer notar aquí cómo algunos autores chilenos contemporáneos recogen esta última posición para continuar legitimando aquella expedición. Sergio Villalobos nos señala que de acuerdo a los principios de Derecho Internacional redactados por Andrés Bello en 1864, existía legitimidad en apropiarse de las cosas del enemigo y que esto incluía la atribución de destruirlas. Bajo estos parámetros, según el autor, la expedición de Lynch se llevó “con disciplina y en general, sin causar daños directos a la población...”, trasladando también la responsabilidad de los destrozos a los mismos pobladores locales (Barros Arana 1979: 365); (Villalobos 200: 177).*
- 16 *En este aspecto debemos destacar a las fuentes periodísticas. Diego Barros Arana es uno de los pocos autores que pone en relieve la información contenida en los diarios de época, al punto de calificar a la prensa peruana, representada en sus desafiantes editoriales que auguraban una rápida y contundente victoria en los días iniciales del enfrentamiento, como una de las culpables de la indecisión del gobierno chileno para decidirse por la expedición a la capital (Barros Arana: 1970).*
- 17 *Asimismo, Carmen Mc Evoy ha estudiado el plano de las ideas y discursos que se dieron en el contexto de la Guerra del Pacífico como indicadores representativos de la idea de republicanismo que tanto en Chile, Bolivia y el Perú, con distintos parámetros, se esgrimieron para legitimar su participación en la guerra. La autora sostiene que ante Chile, el Perú se presentaba como una nación dominada por el desorden político y la corrupción que se había enraizado en su sociedad, teniendo a Lima como el centro de aquellos males. Por tal motivo, Chile justificaba su invasión esgrimiendo razones de orden ideológicas: ellos venían a “civilizar” a los peruanos. No obstante, las contradicciones de aquella concepción quedarían patentizadas mediante hechos como los saqueos a poblaciones como Chorrillos o las referencias que sobre Lima transmitían los testimonios sureños luego de su ocupación, siendo evidente la admiración que sentían por la capital peruana, calificándola como la “ciudad de los virreyes”. Véase: Mc Evoy 2000: 469-490; Guerra 1991: 126. Destacamos también la ponencia titulada ¿República Nacional o República Continental? El discurso republicano durante la guerra del Pacífico. 1879-1884 presen-*

tada por Carmen Mc Evoy en el Coloquio *La República Peregrina. Hombres de Armas y de Letras en América Andina, siglo XIX*. Lima, mayo de 2005.

18 El licenciado Daniel Parodi ha analizado las relaciones entre el Perú y Bolivia dentro del contexto de la Guerra del Pacífico, señalando que la participación boliviana en la contienda no cesó con la batalla de Tacna como generalmente se asume, sino que siguió existiendo hasta el final de la guerra. Véase Parodi 2001.

## Bibliografía

### Archivos

Biblioteca Nacional:

Archivo Pierola: Sección Comunicaciones personales al Dictador. Año 1879.

### Fuentes primarias impresas:

1918 *Correspondencia de Antonio Varas sobre la Guerra del Pacífico. Actas del Ministerio Varas-Santamaria*. Santiago de Chile: Imprenta Universitaria.

1980 *Informes inéditos de diplomáticos extranjeros durante la Guerra del Pacífico*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.

### Artículos:

MC EVOY, Carmen  
2000

“‘Bella Lima ya tiemblas llorosa del triunfante chileno en poder’. Una aproximación a los elementos de género en el discurso nacionalista chileno”. *Homenaje a Félix Denegri Luna*. Lima: Fondo Editorial PUCP, pp. 469-490.

### Libros:

AHUMADA MORENO, Pascual

1892

*Guerra del Pacífico: recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias i demas publicaciones referentes a la guerra que ha dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia, conteniendo documentos inéditos de importancia*. Valparaíso: Imp. y Lit. Excelsior, 8 vols.

## GÉNESIS DE LA CAMPAÑA DE LIMA DURANTE LA GUERRA DEL PACÍFICO

- ARENAS AGUIRRE, Alfredo  
1958 *Encina contra Encina (Restablecimiento de la verdad histórica sobre la guerra del Pacífico)*. Santiago de Chile, 1958.
- BARROS ARANA, Diego  
1979 *Historia de la Guerra del Pacífico (1879-1883)*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- BARROS VON BUREN, Mario  
1970 *Historia diplomática de Chile*. Barcelona: Ediciones Ariel.
- BASADRE, Jorge  
1983 *Historia de la República del Perú*. Lima: Editorial Universitaria. 11 Vols.
- BENAVIDES SANTOS, Arturo  
1967 *Seis años de vacaciones. Recuerdos de la Guerra del Pacífico. Chile contra el Perú y Bolivia 1879-1884*. Buenos Aires: Editorial Francisco de Aguirre.
- BERMÚDEZ MIRAL, Oscar  
1984 *Historia del salitre. Desde la guerra del Pacífico hasta la revolución de 1891*. Santiago de Chile: Edición Pampa Desnuda.
- BLANLOT HOLLEY, Anselmo  
s/f *Historia de la paz entre Chile y el Perú 1879-1884*. Santiago de Chile: Ballcells y Cía. Editores.
- BOLETIN DE LA GUERRA DEL PACIFICO  
1879-1881 Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1979
- BULNES, Gonzalo  
1919 *Guerra del Pacífico. De Tarapacá a Lima*. Valparaíso: Universo.
- CAYO, Percy  
1985 *La Guerra con Chile*. En: *Historia del Perú*. Lima: Editorial Juan Mejía Baca. t. VII
- DAVIN, Albert  
1992 *Chile y Perú en tiempos de la Guerra del Pacífico*. Santiago de Chile: Editorial Planeta.

- DELLEPIANI, Carlos  
1943 *Historia militar del Perú.* Lima: Ministerio de Guerra. 2 tomos
- EKDAHL, Wilhelm  
1919 *Historia de la Guerra del Pacífico entre Chile, Perú i Bolivia.* Santiago de Chile: Imprenta de guerra. 3 vols.
- ENCINA, Francisco  
1954 *Resumen de la historia de Chile.* Santiago de Chile: Empresa Editora Zig-Zag. 3 tomos.
- GONZALES SALINAS, Edmundo  
1981 *La política contra la estrategia en la Guerra del Pacífico.* Santiago de Chile: Impresos Esparza y Cía.
- GUERRA, Margarita  
1991 *La ocupación de Lima (1881-1883). El Gobierno de García Calde-rón.* Lima: Fondo Editorial PUCP.
- GUERRERO, Julio  
1975 *1879-1883. La guerra de las ocasiones perdidas.* Lima: Milla Batres.
- LARRAÍN, José Clemente  
1910 *Impresiones y recuerdos sobre la campaña al Perú y Bolivia.* San-tiago de Chile: Imprenta y Enc. Lourdes.
- LECAROS, Fernando  
1979 *La Guerra con Chile en sus documentos.* Lima: Ediciones Rikchay.
- LOPEZ URRUTIA, Carlos.  
2003 *La Guerra del Pacífico.* Madrid: Ristre Multimedia.
- MACHUCA Y MARIN, Francisco  
1929 *Las cuatro campañas de la Guerra del Pacífico.* Valparaíso: Im-  
prenta Victoria, 3 vols.
- MOLINARE, Nicanor  
1912 *La Expedición a Lima. Batallas de Chorrillos i Miraflores.* Santia-  
go de Chile, Imprenta Cervantes.
- PARODI, Daniel  
2001 *La laguna de los villanos. Bolivia, Arequipa y Lizardo Montero en  
la Guerra del Pacífico.* Lima: Fondo Editorial PUCP-IFEA.

## GÉNESIS DE LA CAMPAÑA DE LIMA DURANTE LA GUERRA DEL PACÍFICO

PAZ SOLDÁN, Mariano Felipe

1979 *Narración histórica de la Guerra de Chile contra el Perú y Bolivia.*  
Lima: Milla Batres. 3 tomos.

PEROLARI MALMIGNATI, Pietro

1882 *Il Perú e i suoi tremendi giorni.* Milano: Fretelli Tevez Editori.

QUIROZ, Abraham - Hipólito Gutierrez

1976 *Dos soldados en la guerra del Pacífico.* Buenos Aires: Editorial Francisco de Aguirre.

RIQUELME, Daniel

[19--] *Bajo la tienda: Recuerdos de la campaña al Perú y Bolivia 1879-1884.* Santiago de Chile: Editorial Zig-Zag.

ROSALES, Justo Abel

1984 *Mi campaña al Perú.* Concepción: Editorial de la Universidad de Concepción.

SOLAR, Alberto del

1967 *Diario de campaña: Recuerdos íntimos de la guerra del Pacífico.* Buenos Aires: Editorial Francisco de Aguirre.

URIBURU, Dámaso

1899 *Guerra del Pacífico. Episodios 1879-1881.* Buenos Aires: Editorial.

VARGAS UGARTE S.J., Rubén

1979 *Historia general de la Guerra del Pacífico.* Lima: Milla Batres. 2v.

VARIGNY, Charles de

1912 *La Guerra del Pacífico.* Santiago de Chile: Imprenta Cervantes.

VICUÑA MACKENNA, Benjamín

1881 *Historia de la campaña de Lima. 1880-1881.* Santiago de Chile: Rafael Jover Editor.

1880

*Historia de la campaña de Tarapacá.* Santiago de Chile: Rafael Jover Editor, 2 t..

VILLALOBOS, Sergio

2002 *Chile y Perú. La historia que nos une y nos separa. 1535-1883.* Santiago de Chile: Editorial Universitaria.